

"Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe" (Ef 4, 13)

Mons. Guillermo José Garlatti

"Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos" (Ef 4, 5-6)

Esta frase de San Pablo me ha producido un fuerte impacto desde mis años jóvenes y en estos días me ha movido a hacer una reflexión práctica que se aplica no sólo a la vida de cada uno de los cristianos, sino que también tiene una enorme carga significativa para la vida eclesial y el testimonio comunitario (evangelización y misión).

El testimonio cristiano personal es evidentemente importantísimo: basta pensar en la eficacia tan duradera de la vida de los santos.

Sin embargo, Jesús habla del testimonio de la Iglesia como Iglesia, de los suyos que se aman entre sí, de los suyos que forman unidad. Y aquí surge espontánea una pregunta: ¿cómo podemos dar testimonio de unidad, de caridad, si estamos tan divididos? Esta división en la Iglesia nos debe llevar a doler hasta la laceración interior.

1. No hay escándalo más grande que el de la división entre cristianos, entre bautizados. Por esto el ansia ecuménica forma parte de la tensión permanente que padece la Iglesia para vivir la vida según el Espíritu. Es muy cierto que la unidad entre cristianos es el punto fundamental, y que la humanidad llamada al bautismo no ha estado, en parte, a la altura del precepto de Jesús.

Podríamos decir que nosotros, los católicos, estamos unidos y que somos la verdadera Iglesia. Pero hay bautizados y, por tanto, insertos en Cristo y hasta participantes en la eucaristía, que están divididos y esto ensombrece la historia. Es, pues, un deber preocuparnos mucho, sería e inteligentemente, por el ecumenismo, sobre todo porque la división es una realidad evidente y dolorosa. Tenemos que saber adorar, humillarnos, orar, suspirar, pedir, como Jesús en el huerto de Getsemaní. Porque Jesús en el huerto de Getsemaní probablemente vivió algo de esta experiencia, pensando en los suyos que se iban a dispersar.

La unidad, pues, se refiere a nosotros como cristianos bautizados. Naturalmente, no debemos subvalorar el hecho de que, mientras seamos católicos, tenemos fuertes motivos de unidad: sólo cuando rompemos con la Iglesia católica, se origina esa división que es escándalo.

2. Pero tenemos que preguntarnos también si existe verdadera unidad en el interior mismo de la Iglesia, entre nosotros, en nuestra diócesis, y dentro de nuestras comunidades. Para ello es útil meditar sobre algunos pasajes de la carta a los Efesios, c. 4, porque es bueno exhortarnos mutuamente y también porque es bueno exhortarnos con inteligencia. En efecto, si no nos exhortamos con inteligencia, se puede caer en el derrotismo o se pueden causar fracturas: **“no hay unidad”, “no hay comunidad”, “aquí no se hace nada”, “nunca se logrará la unidad”, “es mejor volver a casa”...** Con estas apelaciones a la unidad, a la comunidad, a la caridad, demostramos que ya hemos perdido la confianza. Probablemente estos malos frutos se deben a que la idea no se elaboró bien teológica ni psicológicamente. Es decir, la idea de unidad, tomada globalmente, se aplica a situaciones que no son sino un aspecto, un momento de la unidad cristiana.

Se trata de un problema que se presenta frecuentemente en la vida de la Iglesia, sobre todo porque a menudo la unidad que se invoca es un modo de lamentarse porque las cosas no se hacen como quisiéramos, o porque no hay unidad **conmigo**. No debemos maravillarnos de que hasta los conceptos más hermosos, como la unidad, se utilicen mal o se desperdicien. Al respecto, recuerdo ciertas reuniones comunitarias de los tumultuosos años setenta, cuando parecía necesario renovar todo y se terminaba fatalmente angustiando inútilmente las conciencias: aquí nadie se ama, aquí todos hablan mal de los demás, aquí no hay caridad cristiana, etc. Gritando por la falla de caridad, uno demuestra que no tiene el verdadero espíritu de la caridad, porque obra de modo despreciativo y ofensivo con la comunidad. No bastan las palabras, se requieren los hechos; no bastan los hechos, se requiere la inteligencia de la fe (*Intellectus fidei*).

Planteo de San Pablo en Ef 4

Por esto considero importante recurrir a algunas reflexiones muy profundas que San Pablo realiza en la carta a los Efesios: *“Yo, que estoy preso por el Señor, los exhorto a comportarse de una manera digna de la vocación que han recibido. Con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, sopórtense mutuamente por amor”* (Ef 4, 2). Aquí vemos ya cuáles son los sentimientos propios del llamamiento a la unidad: San Pablo no comienza amonestando que

hay que estar unidos, sino que primero exhorta a la humildad, a la mansedumbre, a la paciencia, a la comprensión y a soportarse por amor. *“Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz”* (v. 3). *“Traten = siendo solícitos”*, quiere decir que no es fácil. El texto griego dice *“spoudázon”*, obrando con diligencia: porque la unidad no es una condición que ya se haya alcanzado, sino que hay que buscar y rehacer continuamente. Y después de haber mencionado la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz, el Apóstol describe lo que él entiende por unidad: *“Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza a la que ustedes han sido llamados, de acuerdo a la vocación recibida. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos”* (4, 4-6).

Es una triple enumeración, de tres miembros cada una, nueve elementos que son los pilares de la unidad:

“Un solo Cuerpo (el único cuerpo de Cristo), *un solo Espíritu, una sola esperanza, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo”*. A este punto cambia el panorama: *“Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos”*. Aquí se alarga la unidad de muchos y se convierte en la unidad que Dios obra en la multiplicidad de las personas, de los gestos y de las situaciones.

Ante todo, Dios mismo que, siendo uno, está por encima de todos, obra por medio de todos y está presente en todos. La unidad de la comunidad viene, pues, de aquel único Dios y de aquel único Espíritu que obra en todos: si hay bautismo, fe recta, eucaristía, hay unidad. Porque, como señalaba antes, carecer de unidad es decaer de la fe católica, y mientras haya fe católica hay unidad sustancial y es un milagro de Dios que exista. Si queremos reconstituir la mayor unidad, tenemos que partir de lo que hay, reconocer que lo que hay es un don infinito de Dios.

Después de haber empezado a alargar la unidad hacia la multiplicidad, Pablo pasa a los dones múltiples y ***este es el punto al que quería llegar***, porque el problema nace de los diversos dones, carismas, ministerios que no siempre logran ir de acuerdo: *“Sin embargo cada uno de nosotros ha recibido su propio don, en la medida que Cristo los ha distribuido. Por eso dice la Escritura: Cuando subió a lo alto, llevó consigo a los cautivos y repartió dones a los hombres. Pero si decimos que subió, significa que primero descendió a las regiones inferiores de la tierra. El que descendió es el mismo que subió más allá de los cielos, para colmar todo el universo”* (vv. 7-10).

Pareciera que Pablo hace una digresión: quería hablar de carismas, de dones y, de repente, habla de Jesús que subió y primero había descendido. Tal vez el Apóstol, teniendo el corazón lleno de amor ardiente por Jesús, casi sin darse cuenta, vuelve a hablar del kerygma. Pero probablemente él se propone reconfirmar lo que está por decir sobre la unidad, en la primordial humildad de Cristo que, siendo semejante a Dios, descendió hasta el fondo para volver a subir y llevar a todos a la unidad. *“Él comunicó a unos el don de ser apóstoles, a otros profetas, a otros predicadores del Evangelio, a otros pastores o maestros. Así organizó a los santos para la obra del ministerio, en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo”* (vv. 11-13).

Propuesta paulina para la Iglesia de nuestros días

Las palabras de Pablo nos maravillan, porque parece que todavía en la comunidad de Éfeso no había unidad. A veces ciertas desilusiones nuestras respecto de la unidad se deben precisamente al hecho de que confundimos la unidad de fin con la unidad de camino, de viaje, por la cual todos trabajan para que se llegue *“a la unidad de la fe y al conocimiento completo del Hijo de Dios, y a constituir el estado del hombre perfecto a la medida de la edad de la plenitud de Cristo”*. Esta plena madurez de Cristo no existe, este cuerpo es inmaduro, presenta signos infantiles, tensiones, dificultades, peleas, y es así: pero lo importante es que camine hacia la plena unidad. Desde este punto de vista, lo más importante no es tener la perfecta y total unidad, sino esforzarse continuamente por caminar hacia esa unidad plena del cuerpo de Cristo, que es el reino de Dios, es Cristo en el momento en que, presente el reino al Padre.

“Así dejaremos de ser niños, sacudidos por las olas y arrastrados por el viento de cualquier doctrina, a merced de la malicia de los hombres y de su astucia para enseñar el error” (v. 14).

A veces el *“falso viento de doctrina”* es una falsa idea de unidad, por la cual como niños nos apegamos a un ideal que después no se encuentra en la realidad y, entonces, no sabemos qué camino emprender. *“A merced de la malicia de los hombres y de su astucia para enseñar el error”*; hay astucias y engaños, hasta en ciertos llamamientos a la unidad, *“por el contrario, viviendo en la verdad y en el amor (aun estando unidos), crezcamos plenamente, unidos a Cristo. Él es la Cabeza”* (v.15).

Para concluir, me parece que Pablo habla de una triple unidad.

1.- Hay **la unidad de fondo**, absoluta (una fe, un bautismo, un Dios, un Señor) y es punto de partida indudable, firme, total. Si se pone esto en discusión, viene la división de la Iglesia, la herejía o la apostasía.

2.- Hay **la unidad de fin**: “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe [y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto] y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo” (v. 13), que es la perfecta unidad y armonía del reino, es la paz del reino, el cuerpo de Cristo llegado a la madurez a través de la madurez de la fe de los hombres que, purificados por las pruebas de la vida, han aprendido a vivir en caridad, en paz, en amor, y así viven por toda la eternidad.

3.- Entre la unidad de fondo y la unidad de fin (necesaria como referencia y modelo) está **la unidad de acción**, el empeño por conducir continuamente la multiplicidad de los carismas, que se deriva de la misma unidad, en el crecimiento hacia la unidad perfecta; por tanto, en el mayor entendimiento, en la mayor coordinación aun exterior, pero sabiendo que no llegaremos nunca pero que nunca hay que dejar de intentarlo.

Dolorosa realidad de la Iglesia frente a la nueva Evangelización y la Misión

Muchas veces trazamos un cierto cuadro ideal de la vida cristiana y, al ver después la realidad con todas sus situaciones difíciles, nos confundimos y nos deprimimos. Me parece que, ante todo, hay que acoger con verdad y fidelidad, por tanto en humilde escucha de la Palabra, la enseñanza evangélica y de San Pablo. Pero, al mismo tiempo, es preciso entender cuál es la misericordiosa economía de la salvación que conduce pacientemente la pobreza y la fragilidad de la experiencia humana hacia la perfección del modelo sublime.

Es un error tener una idea estática de la unidad y de la pastoral (aquí está el modelo, aquí está la praxis). Lo correcto es, en cambio, pensar que existe este fuego que atrae, que hay una realidad en movimiento que, para ser ella misma, debe estar en el fuego de este modelo, sabiendo, sin embargo, que la misericordia divina atrae a sí gradualmente.

En otras palabras, es la relación entre “*kerygma abierto y kerygma oculto*” (ej: las parábolas). Hay un kerygma abierto y un kerygma oculto, pero uno no destruye al otro. El kerygma oculto parte del kerygma abierto, pero lo supone propuesto por un Dios conoedor del hombre, que lo hace proponer con misericordia, enseñando los caminos graduales y pacientes para alguna realización en la historia. Si pudiéramos reflexionar más sobre estas verdades, llegaríamos a una paz más grande con nosotros mismos, con las cosas y con

las situaciones.

A veces nos acecha una dicotomía: el ideal “*sería*”..., pero hay que adaptarse. Al final uno queda descontento y se vive oscilando de aquí para allá, sin haber captado el lazo de atracción que une el corazón de Cristo sobre la cruz con todo el resto de la pobre humanidad, incluidos nosotros mismos. Es una atracción continua, progresiva que estamos llamados a estimular y a acompañar defendiendo a la gente del camino regresivo, continuamente en acto por las acechanzas del Demonio, del pecado, del individualismo y del peso de la mundanidad.

La vida en el Espíritu como camino para la unidad y el testimonio de la fe

Me parece importante partir de dos frases de San Pablo: “*Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la Paz*” (Ef 4, 3) y “*...la ley del Espíritu que da la vida, te ha liberado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte*” (Rom 8, 2).

La vida según el Espíritu es la vida cristiana en cuanto animada, atraída, movida por el Espíritu y, por tanto, en cuanto vida de amor, de alegría, de fe, de esperanza, vida de las bienaventuranzas, vida de Hijo de Dios, de la confianza, de la invocación a Dios como Padre, aun en las circunstancias dolorosas de la vida. La vida según el Espíritu es la vida que identifica las elecciones, los gustos de Cristo mediante el discernimiento espiritual. Se deriva del bautismo y encuentra en la eucaristía su fuerza culminante, su alimento permanente; en la lectura y meditación de la Palabra encuentra su luz y fuerza cotidianas.

Nos deberíamos preguntar, en el contexto de la nueva evangelización y de la misión, ¿de qué manera esa vida según el Espíritu se proyecta en acción liberadora y salvadora para el mundo?

La respuesta la encontramos en muchos pasajes bíblicos. Pero me referiré sólo a dos tomados del Evangelio de San Mateo.

El primero está en 5, 13: “*Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la volverá a salar? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por los hombres*”. En el lenguaje de la parábola se nos advierte que, como cristianos santificados por el bautismo, alimentados por la eucaristía y movidos por el Espíritu, o somos sal para el mundo, o no somos nada, peor que cero.

El otro pasaje corresponde a los vv. 14-16: “*Ustedes son la luz del mundo. No*

se puede ocultar una ciudad situada en la cima de una montaña. Y no se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino que se la pone sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa. Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo”.

Aquí se hace evidente el significado profundo de la vida en el Espíritu como parábola viviente: es luz y, como tal, debe llevar a los hombres, aun a los no creyentes, a glorificar a Dios por medio de las buenas obras.

Entonces, ¿cómo podemos ser luz y sal? Ciertamente nuestra responsabilidad es grave, sin embargo yo creo que aquellos a quienes Dios les da la luz de la fe, y no solamente una mirada sociológica sobre la Iglesia, podrán comprender que existe una formidable unidad de fondo, una maravillosa unidad de fin, que la gente está trabajando seriamente, con valentía para superarse, perdonarse, comprenderse, colaborar. Hay una Iglesia en movimiento hacia lo alto, una Iglesia en camino atento, celoso, valiente, hacia la perfecta comunión de los corazones. Afirmar que nos convertiremos cuando en la Iglesia todos se amen, es una excusa y equivale a decir: *“Señor, excúsame, tengo que ir a ver el campo que he comprado, tengo que ir a ver los bueyes”.*

Alguien ha dicho una frase que puede parecer cargada de escepticismo pero que, en el fondo, tiene bastante de verdad: *“¡Reconciliaciones perfectas no se lograrían nunca en esta vida!”.* Aquí nos encontramos continuamente en camino, en continuo esfuerzo de reconciliación, en estado de perdón permanente, porque estamos en estado de falta permanente, de carencia permanente.

La vida en el Espíritu tiene, pues, en sí misma un significado apostólico y misionero, que se precisa y se profundiza en el Evangelio de San Juan, en donde Jesús habla de la caridad mutua entre los discípulos -como distintivo de que son discípulos- y de la unidad entre los suyos -como signo por el cual el mundo conocerá que el Padre lo ha enviado-. En este sentido la vida espiritual del cristiano es signo y estímulo para la gloria de Dios, signo de la unidad divina, signo de la caridad divina.

En la mente de San Pablo y del Evangelio, vuelve la contemplación de la vida de Jesús como signo visible y palpable de la ternura del Padre, y este carácter de significación se le confía a la vida cristiana en el Espíritu, que es luz, sal, invitación a glorificar, ciudad sobre el monte, que debe ser signo de los discípulos de Cristo, de la misión mesiánica de Cristo por el mundo.

Es en esta perspectiva y ante los desafíos de la Iglesia de nuestros días, que debemos comprender y poner en práctica este fuerte llamado paulino que nos interpela para que *“todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”*.

“Él comunicó a unos el don de ser apóstoles, a otros profetas, a otros predicadores del Evangelio a otros pastores o maestros. Así organizó a los santos para la obra del ministerio, en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo” (vv. 11-13).

De esta manera la unidad de **camino o de acción**, si se la vive intensamente, es un signo que corona la **unidad de fondo** y la **unidad de fin**. Pero si el camino y la acción son débiles, si se va adelante por simple resignación, entonces es un contra-sentido y quien mire tendrá el derecho de decir: ¡Estos no sólo no se aman, sino que ni siquiera tratan de hacerlo!

¿Qué es lo que nos impulsa a empeñarnos y a dar la vida por la unidad en nuestra Arquidiócesis de Bahía Blanca sino el milagro y la fuerza por construir una Iglesia de comunión? El don de la comunión en la Iglesia es una fuerza formidable que no viene de la costumbre, ni de la cultura, ni de la tradición, sino del vigor y del dinamismo de la fe. La comunión intraeclesial, como unidad de base y de fin debe fijar inevitablemente su mirada en la unidad de término, de camino o de acción. Y sólo así puede convertirse, para quien tiene ojos y oídos, en un signo capaz de sacudir el corazón de los hombres.

Bahía Blanca, 6 de Marzo de 2012.